

temas el innovador conservaba la fé de los primeros misterios. Por los Eones de la profundidad y el silencio entendia la primera persona de la Trinidad, Dios Padre; el Hijo, por la inteligencia y la verdad; y el Espíritu Santo, por la vida y el discurso. Segun un descubrimiento moderno ó una congettura que no garantimos (1), afirmaba tambien que el entendimiento ó inteligencia nacia de la profundidad, como hija suya, y que de estos dos Eones juntos dimanaba la vida; esto es, que la segunda persona de la Trinidad recibia su eterno nacimiento de Dios Padre, y al mismo tiempo el poder de producir la tercera persona juntamente con él, como que era de la misma naturaleza; lo cual probaria contra los griegos modernos la antigüedad de la creencia universal acerca del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo. Pero toda la magestad de nuestros santos misterios estaba degradada por ese modo tan estraño de explicarlos, pues la verdad se vestia las formas de la mitología y de las supersticiones paganas.

Los dogmas que influyen directamente en las costumbres no eran menos corrompidos. Valentino establecia formalmente la inamabilidad de la justicia, dogma tan digno de su primer autor como de sus restauradores Lutero y Calvino; y de aqui concluia, que en virtud de sola la adopción divina podian los hombres salvarse, aunque en lo exterior renegasen de la fé, pues añadia no debian confesarla con peligro de la vida. No es nuestro ánimo enumerar en este lugar todas las impiedades absurdas de la secta; basta lo dicho para conocer á qué extravagancias se abandona el espíritu humano cuando echa en olvido las reglas prescritas por la Iglesia para la interpre-

(1) Faid. *Herog. antig.*

tacion de las Escrituras. Sin embargo, estos delirios tuvieron un prodigioso número de partidarios, que en corto tiempo se subdividieron en un sinnúmero de sectas diversas y contrarias las mas veces entre sí; unas consagrándose á las mas supersticiosas observancias, y las otras por un estremo diametralmente contrario despreciando todas las ceremonias y todo culto exterior. De estos últimos, eran los sethianos, los cuales manifestaban un respeto sin límites á Set, hijo de Adán, haciéndole redentor de los hombres. Por el contrario, los cainitas afectaban honrar á Cain y á todos los malos condenados por las Divinas Escrituras. Otros, en fin, adoraban á una serpiente que tenian por el Salvador del mundo, y se les dió el nombre de *ofitas*, conforme á la etimología griega de la palabra *serpiente*.

Daban en estos estravíos hasta hombres de gran talento. Taciano, discípulo del ilustre doctor San Justino, que habia adquirido gran celebridad por su excelente tratado contra los gentiles, cayó en la heregia de Valentino, trabajando por propagarla en diferentes provincias del Asia menor y de la Siria, y se erigió tambien en jefe de la secta de los enkratitas ó continentes, llamada asi por la excesiva abstinencia que afectaban. Jamás comian carne ni bebian vino, y aun solo usaban de agua para el cáliz en la Consagración de la Eucaristía; tambien condenaban como malo el matrimonio á ejemplo de los adamitas.

Añadió Casiano nuevos errores á los de Taciano, y á sus sectarios se les dió el nombre de dóctas ó aparentes, porque sostenian como los gnósticos que el cuerpo del Salvador habia sido aparente ó fantástico. Estos extravagantes visionarios fueron los primeros que enseñaron que el fruto prohibido en el paraíso terrenal no era otra cosa que el matrimonio.

Los paganos, que por su malignidad no distinguian entre los verdaderos fieles y tantos hereges viciosos, concibieron contra todos los cristianos en general un gran desprecio y horror, y de aqui se originaron las calumnias con que tantas veces los acusaron con motivo de sus ágapes y de sus asambleas religiosas. A cuanto llevamos dicho de los gnósticos, añadian la impostura, inventada primeramente por los judíos, de que cuando los cristianos pretendian iniciar á un prosélito en sus misterios tumbaban sobre una mesa á un niño cubierto de harina, y puesto de tal suerte que el iniciado degollaba al niño creyendo que partia un pan, y al momento acababan todos los demas de despedazar esta inocente víctima, y cada uno se comia un pedazo y bebia de su sangre; y que asi, reconociéndose el prosélito, á pesar suyo, reo de homicidio, se encontraba en la necesidad de guardar secreto. El vulgo no dudaba fuesen verdaderas estas acusaciones, y los hombres que debian parecer superiores á la credulidad popular tenian sus razones de propia conveniencia para no mostrarse mas justos con los fieles.

Celso, famoso filósofo, los combatió violentamente en su libro titulado *Filaletes*, ó discursos verdaderos. El autor introduce en esta obra á los cristianos disputando con los judíos, y despues ridiculiza á los unos y á los otros queriendo hacerlos igualmente odiosos y despreciables. Dice el satírico filósofo, que á proporción que se han ido aumentando en el mundo los adoradores del Crucificado, han nacido entre ellos una infinidad de partidos: cada uno de estos espíritus inquietos trabaja por superar á sus rivales y destruirlos, de suerte que los cristianos solo conuerdan en el nombre. No podia menos de quedar vencida la simplicidad y la inocencia con tan artificiosos y repetidos combates. El emperador dió oídos

á los clamores del pueblo, y mil géneros de tormentos cayeron sobre los fieles en toda la estension del Imperio, y especialmente en las provincias occidentales, como mas inmediatas al centro de la autoridad y de la tiranía.

Del tiempo de Adriano se cuentan una multitud asombrosa de mártires, si bien solo sabemos con certeza las circunstancias individuales de algunos de ellos. Segun algunos autores, padeció entonces la muerte San Eustaquio con su muger y sus hijos, aunque otros refieren que se efectuó en tiempo de Trajano este célebre martirio. Están llenas de prodigios las actas, pero su antigüedad parece no pasa del siglo octavo. Santa Sofia, cuyo nombre llegó á ser tan famoso en Oriente, sufrió el martirio en Roma con sus tres hijas, y San Eleuterio obispo y su madre Santa Antia, murieron tambien en la capital del Imperio con una multitud de generosos fieles. Tambien en Lombardía fueron martirizados muchos, siendo los mas célebres los Santos Faustino y Jovita; San Primo murió en Trieste, y San Antiope y San Crispulo en Cerdeña; los griegos nos han conservado los nombres de los mártires Santa Zoa y San Hesperio su marido, y de sus hijos Ciriaco y Teodulo. Mas circunstanciadas noticias poseemos del sacrificio de Santa Sinforosa, viuda de un tribuno llamado Gétulo que habia conseguido la corona del martirio, inmolada con sus siete hijos. Acababa de levantar el emperador un palacio en Tivoli, donde vivia Sinforosa, y quiso hacer la dedicación, segun las supersticiones del tiempo, consultando primero los oráculos de los ídolos, y ya fuese por el ministerio de los demonios sedientos de la sangre cristiana, ó por los engaños de algun sacerdote enemigo de la virtuosa viuda, respondieron que los dioses no serian propicios si no les ofrecian holocaustos ella y sus hijos,

Adriano la mandó prender juntamente con ellos, y probó desde luego á persuadirles con razones; pero la ilustre Santa le respondió: «Mi marido Gétulo y su hermano Amancio, ambos tribunos vuestros, padecieron mil tormentos y despues la muerte por no prestarse á lo que exigís de mí. Los hombres miran como un oprobio su fin, pero en la patria de los inmortales les ha adquirido una gloria y una felicidad que nunca se acabará, y todos mis deseos se dirigen á participar de ella.» — «Elije una de dos cosas, la replicó el emperador indignado: ó sacrificar con tus hijos á los dioses del Imperio, ó ser tú misma sacrificada.» — «No soy capaz, señor, le respondió, de mudar de resolución por amenazas; lo he pensado con madurez, y no aspiro á otra cosa que á la ventura de volver á unirme con mi esposo.» — Adriano mandó que la condujesen al templo de Hércules donde la abofetearon cruelmente y despues la colgaron de los cabellos, y habiendo mostrado la misma constancia, atáronla una pesada piedra al cuello, y la arrojaron al río. Hizo recoger su cuerpo su hermano Eugenio, que era uno de los principales señores de Tivoli, y le enterró cerca de la ciudad.

Conducidos juntos los siete hermanos al tribunal del emperador á la mañana siguiente, les amonestó este con mucho interés á que sacrificasen á los dioses; pero todo fué en vano. Entonces los ataron á siete palos que estaban fijados al rededor del templo, y despues de haberles dislocado violentamente los miembros, les dieron de puñaladas con bárbara crueldad. Padeció Justino entre todos el mas doloroso martirio, y Eugenio fué abierto por medio del cuerpo. Mandó Adriano que á todos los echasen en un profundo foso, que despues fué muy célebre con el nombre de sepulcro de los siete botanatos ó muertos violenta-

mente. Cuando cesó la persecucion fueron trasladados estos mártires con gran pompa al camino que conduce desde Tivoli á Roma, y los depositaron á ocho millas de esta última ciudad.

No es menos glorioso que los de esta heroica familia el nombre de los santos mártires Sabina y Serapia. Sabina era una viuda de edad avanzada, y su marido había desempeñado un honroso empleo en la capital del imperio, en tiempo de Vespasiano. Serapia, virgen cristiana, originaria de Antioquia, que vivía con Sabina en el reinado de Adriano, aunque era muy jóven logró convencer á esta ilustre romana á que abrazase el cristianismo. Fué la celosa virgen el primer blanco de la inhumanidad de Berillo, prefecto de la provincia de Umbría, á donde las dos santas se habían retirado. Degollada Serapia, despues de haber padecido muchas crueldades é ignominias, tuvo al principio el prefecto alguna consideracion á la nobleza de Sabina; pero al fin la pusieron presa y fué tambien decapitada de orden del sucesor de Berillo.

Tantas persecuciones de todo género obligaron por fin á los fieles á pensar en justificarse. La primera apología que se publicó en su favor fué la de San Cuadrato. Este había sido discípulo de los Apóstoles, y era uno de aquellos que la antigüedad titulaba evangelistas, porque iban predicando el Evangelio de una en otra provincia, y despues que dejaban en ellas Pastores ordinarios, emprendian otras nuevas misiones. El emperador Adriano, que iba visitando las provincias del imperio, hallóse en Grecia al mismo tiempo que Cuadrato. Este hombre, verdaderamente apostólico y tan elocuente para escribir como para predicar, juzgó que no podía emplear mejor sus talentos que procurando librar á los nuevos cristianos de unas pruebas muy peligrosas siempre para algunos. A este fin puso el mismo en manos del

emperador una apología que se dice era muy vigorosa y elocuente. Por lo poco que de ella se ha conservado, vemos que insistía mucho en los milagros de Jesucristo, no tanto para probar la certidumbre de unos hechos que comunmente no se ponían en duda, sino para que se notara la diferencia que había entre estas divinas maravillas y los prestigios de la mágia, en un tiempo en que no se encontraba otra acusacion mas plausible que esta contra nuestros santos Taumaturgos. «Los enfermos curados por Jesucristo, dice el apologista, y los muertos que resucitó, nos manifiestan que estos prodigios no eran pasajeros ni aparentes, pues permanecieron en el mismo estado y vigor mucho tiempo despues de la muerte y resurreccion de su adorable Médico, y algunos de ellos han vivido hasta nuestros dias.» En toda la série de este escrito, grandemente elogiado por los antiguos, es admirable la solidéz y talento de Cuadrato.

Otro orador, de nacion ateniense, llamado Aristides, que profesaba á un tiempo mismo la filosofia y el cristianismo, escribió una nueva apología, mas elocuente y mas llena de erudicion que la primera de Cuadrato, si damos crédito á los que la leyeron, pues ha perecido enteramente.

Ya antes Serenio Graniano, pro-cónsul de Asia, había espuesto con mucha libertad al emperador cuán contrario era á la justicia y aun á la política el condenar á tanto número de cristianos por voces de un pueblo sedicioso sin guardar con ellos las mas veces forma alguna legal, y sin otro crimen que su nombre. Convencióse Adriano, y lejos de ofenderse, escribió á Minucio Fundano, sucesor de Graniano, prescribiéndole dos cosas: 1.^a que en adelante no procediese contra los adoradores de Cristo por clamores ó quejas vagas, sino que se les acusase en la forma que prevenían las

leyes; 2.^a que el acusador quedase obligado, segun el derecho comun, á convencer al acusado de algun delito contra las leyes ordinarias, so pena de ser castigado como calumniador (1). Es probable que enviase estas órdenes á las demas provincias, pues desde aquella época se disminuyó la persecucion en todas partes.

Ya desde entonces no se calificaba de crimen el ser cristiano, aunque la Religion cristiana, como estraña á los romanos, era en este sentido contraria á sus leyes, pues de lo contrario la constitucion de Adriano hubiera sido enteramente inútil, y es innegable que el emperador había realmente variado de ideas. Afirman los historiadores de su tiempo que proyectó colocar á Jesucristo en el número de los dioses del imperio, y que con este objeto mandó levantar varios templos; pero si no llevó á cabo su empresa, parece fué porque los oráculos se opusieron, anunciando que este nuevo culto destruiría todos los demas y que todo el mundo se haría cristiano (2); mas á lo menos se convenció de la diferencia que existía entre los adoradores de Jesucristo, siempre tranquilos y sumisos á las potestades legítimas y los indóciles judíos que cada dia soplaban con mas ardor el fuego de la sedicion. Le hizo mas palpable esta diferencia un nuevo incidente que consumió la desgracia de Israel, y patentizó su reprobacion á todo el universo.

Despues de las sangrientas expediciones del reinado antecedente contra los judíos, quedaron estos en un estado que movía mas á compasion que á desconfianza y temor. No se trataba ya de debilitarlos, sino solo de vigilar para que no se tornasen á establecer en su capital, donde respirarian

(1) Euseb. lib. 4 hist. cap. 8 y 9.
(2) Lamprid. in vit. Alexand. Sev.